

Alarmas insuficientes

En el entorno profesional, la puntualidad es una virtud muy recomendable de la que, por desgracia, demasiada gente carece. De hecho, suele resultar más fácil inventar una excusa para justificar la tardanza que conseguir levantarse de la cama un poco antes.

Aquella mañana había quedado con mi jefe de equipo a las ocho en punto en un polígono de las afueras de la ciudad, desde donde nos desplazaríamos juntos al cliente en un solo vehículo. A pesar del tráfico matinal que solía haber, ninguno de los dos solíamos retrasarnos más de cinco minutos. Sin embargo, aquel día, cuando abrí los ojos supe que ese día la demora iba a ser bastante mayor. Agarré el móvil todavía tumbado en la cama y comprobé, con estupor, que eran las once de la mañana. No podía ser. Me había acostado a una hora razonable y estaba completamente seguro de haber puesto la alarma. ¿Cómo podía haberme quedado dormido? Volví a mirar la pantalla del teléfono por si mi vista me había jugado una mala pasada, pero no: seguían siendo las once de la mañana. Junto a la hora, aparecían siete llamadas perdidas de mi jefe de equipo y unos ocho mensajes que iban desde el cortés «¿cómo vas?» al más que acertado «creo que te has quedado dormido». Nada más saltar de la cama, llamé a mi jefe de equipo para confirmarle que, efectivamente, me había quedado dormido y que llegaría al cliente lo antes posible.

Aparecí en las instalaciones del cliente un poco después de las doce consciente de que no había justificación posible a lo que había pasado. Por suerte, mi jefe de equipo entendió que había sido un desliz, aunque me explicó que, dado que el gerente le había llamado y yo no había llegado, había tenido que justificar mi ausencia. La excusa que dio fue que yo había pasado una mala noche por una intoxicación estomacal, que le había avisado de que no me encontraba bien y que aparecería por allí en cuanto me encontrara algo mejor. Le di las gracias por haber mentido y me puse a trabajar asumiendo que todo había quedado en un error que no volvería a repetirse. Sin embargo, media hora más tarde, el gerente me telefoneó para interesarse por mi salud y para trasladarme que, si no me sentía en condiciones de poder trabajar, podía irme a mi casa a descansar. Agradecí el detalle y le aseguré que, a pesar de haber dormido poco por haberme levantado varias veces a vomitar, no tenía de qué preocuparse ya que me encontraba mucho mejor y estaba seguro de poder aguantar lo que quedaba de jornada. No me gustaba mentir, pero aquella era tan solo una mentira piadosa que intentaba aportar datos adicionales acerca de la *mala noche* que había pasado. Al fin y al cabo, ¿qué podía pasar?

Con lo que yo no contaba era que ese día el gerente tenía previsto venir de visita al cliente y unirse a nosotros para comer. Por si esto fuera poco, cada vez que venía teníamos la costumbre de ir a un restaurante de mayor calidad que el que frecuentábamos habitualmente. Por supuesto, ese día no fue una excepción. A pesar de ser un lugar en el que ofrecían un menú del día, la calidad de los platos era sorprendentemente alta. No hacía falta siquiera probarlos: bastaba con leerlos para darse cuenta de que fuera cual fuera la elección, no había posibilidad de error. Sin embargo, antes de que pudiera terminar de leer todos los succulentos platos de la lista, el gerente se dirigió a mí para decirme que no había nada en el menú que fuera apto para una persona que se había pasado la noche vomitando. No recuerdo mi reacción, pero sí la risa velada de mi jefe de equipo al escuchar la frase. Sin apenas darme tiempo a decir nada, el gerente le explicó al camarero mi “delicado estado de salud” y él, muy amablemente, me ofreció un menú consistente en un caldo de pollo y un plato de arroz blanco que no tuve más remedio que aceptar. No puedo decir que estuvieran malos, aunque sospecho que el solomillo con reducción de vino tinto que se estaban comiendo mis compañeros estaba más sabroso. Por supuesto, tampoco pude deleitarme ni con los postres ni con el café. Lo único que pude hacer mientras mi cucharilla daba vueltas en la manzanilla que acababa de pedirme fue preguntarme, una y otra vez, cómo era posible que no hubiera escuchado la alarma del móvil aquella mañana.

Desde entonces, cada día programo varias alarmas de seguridad para evitar ser impuntual y, sobre todo, para no volver a perderme una comida en un restaurante de los buenos.